

LOS FENOMENOS CORSARIOS EN LA «PERIFERIZACION» DEL MEDITERRANEO EN EL SIGLO XVII

Michel FONTENAY

Universidad de París

En una comunicación presentada hace tiempo en colaboración con Alberto Tenenti¹, planteé la posibilidad de distinguir tres tipos de violencia marítima aparte de la guerra:

1°. El corsarismo (**course**, término francés), forma de beligerancia en la cual un Estado asocia a armadores privados en los gastos y beneficios de la guerra naval, según reglas jurídicas bien definidas, admitidas en el derecho de gentes.

2°. **La piratería**, bandolerismo marítimo sin fe ni ley, universalmente condenado por el derecho y la moral.

3°. El **corso**, (término italiano), tipo de violencia específicamente mediterráneo, ubicado en los confines entre el **course** y la piratería, pero admitido por las costumbres, que se practicaba tanto entre los cristianos como entre los musulmanes bajo pretexto de **guerra santa**. Fue en los siglos XVI-XVII la actividad favorita de ciertos **estados-corsarios**, como Malta o las regencias berberiscas².

En el marco de la reflexión que se nos ha propuesto en este encuentro, vamos a examinar qué relaciones puede haber entre un fenómeno tan singular como el corso y los comienzos de la periferización del Mediterráneo a partir del siglo XVII. En esta óptica, lo consideraremos no sólo como uno de los indicadores de dicho proceso, sino más aún: como un factor de aceleración y de agravación.

* * *

En primer lugar, es preciso recordar que, aunque el corso hunde sus raíces en la oposición casi milenaria en-

tre la Cruz y la Media Luna, fue en el siglo XVI cuando adquirió nuevo vigor y originalidad, hasta tal punto que el período 1580-1680 constituye el siglo corsario por excelencia del Mediterráneo. El fenómeno es una prolongación de la conquista otomana: al reanimar el viejo espíritu de **djihad**, los sultanes derrocaron por un siglo la preponderancia que los francos y los latinos habían conseguido en el Mediterráneo oriental aprovechando la decadencia bizantina y el hundimiento del Islam clásico. Desde este punto de vista, los años 1450-1570 aparecen como una revancha de los greco-levantinos sobre los occidentales, y como un retroceso de la Cruz ante el Islam, que había vuelto a ser conquistador y a estar seguro de sí mismo. Pero, por su parte, la cristiandad occidental estaba también agitada por fermentos favorables al militantismo religioso: un militantismo que no sólo condujo a las guerras de religión entre los hermanos enemigos, sino que también se manifestó en un auténtico renacimiento del espíritu de cruzada. Tanto más cuanto que el peligro turco era muy real en Italia después del saqueo de Otranto (1480) y que se veía agravado por la actividad berberisca desde los años 1420, que reavivaba en España el recuerdo aún fresco de la lucha contra los moros.

Esta tensión religiosa confería, evidentemente, la mejor de las cauciones ideológicas al corso, tanto cristiano como musulmán. Es indudable que la mayor parte de los corsarios estaban imbuidos por el piadoso deseo de perjudicar al infiel y, por este medio, de servir a la verdadera fe. Pero, siguiendo el ejemplo de los conquistadores del Nuevo Mundo venidos «para servir a Dios... y también

para adquirir algunas riquezas», los corsarios, fuese cual fuese su pasión religiosa, se ponían en marcha a causa del botín. Ello nos lleva a recordar dos condiciones **sine qua non** de la actividad corsaria. Primera condición: para atraer a los candidatos, el corso debe alimentar la esperanza de conseguir un botín, debe ser rentable. Como indica F. Braudel, «si no hay comerciantes, no hay corsarios»⁴. La explosión de los años 1580-1620 prueba, en primer lugar, que el Mediterráneo seguía siendo un lugar de intercambios activos. Pero, además, la multiplicación de los depredadores puede constituir la señal de un verdadero **boom** del tráfico. Por la misma razón, la preferencia por ciertos puntos de acecho (el cabo de Gata, Formentera, el cabo de Teulada, los Egatas, el Passaro, el cabo Colonia, la Sapienza, los Siete Cabos, los **cruceiros de Alejandría**) significa no sólo su presencia en las grandes rutas de navegación mediterráneas y en sus principales encrucijadas, sino también la intensidad de la circulación mercantil. En revancha, la reciprocidad no es exacta: es una condición necesaria, no suficiente. De ahí el segundo punto: para inducir al corsario en ciernes no basta con la esperanza de lucro; es preciso a la vez que no se le ofrezca ninguna solución más prometedora. En otros términos, el corso mediterráneo supone a la vez una cierta prosperidad general y, en su seno, la existencia de marginales.

Pero todo ello sería insuficiente sin estructuras de apoyo casi permanentes sin las cuales el ejército de los excluidos, desclasados o marginales iría a engrosar las filas del bandolerismo terrestre o de una piratería artesanal, más folklórica que peligrosa. Es preciso, pues, preguntarse por qué ciertas colectividades han sido inducidas a inclinarse hacia las actividades corsarias.

Es posible que la presencia de obstáculos permanentes, procedentes del medio físico, haya influido tanto en el Maghreb como en las regiones más desheredadas del Midi mediterráneo. En Malta, roca estéril que debe importar dos tercios de lo que consume en tiempo normal, el corso ha sido uno de los medios más antiguos de equilibrar una balanza de pagos siempre deficitaria. También han podido intervenir desequilibrios estructurales entre población y subsistencias; en particular, la oleada corsaria de los años 1600-1620 se alimenta obviamente de la superpoblación relativa, revelada en toda la Europa mediterránea por las dificultades frumentarias de finales del XVI. La cosa parece clara en Malta, cuyos habitantes aumentan un tercio entre 1530 y 1590, y otro tercio más entre esta última fecha y 1617.

Por último, convendría destacar la influencia de ciertos fenómenos coyunturales ligados a acontecimientos

políticos o económicos. Recordemos especialmente cómo la vuelta general a la paz en los años 1598-1609 supuso una reconversión del corso atlántico hacia el mediterráneo o incluso hacia la piratería pura y simple, como en el caso de los anglo-holandeses en Túnez y Argel. Además, si el corso es una especialidad permanente para ciertos grupos humanos, para los demás constituye (tal vez con la excepción de Venecia) una tentación ocasional de escapar a las dificultades del momento. Es el caso, por ejemplo, de la brusca eflorescencia del corso toscano en los años 1580-1620; del papel desempeñado por ciertos capitales genoveses en el hispano-siciliano un poco más tarde, o de la importancia de los capitales marseleses en el maltés a mediados del XVII.

Estas observaciones conducen a considerar a esta actividad como uno de los indicadores más claros del proceso de periféricación del Mediterráneo. A comienzos del XVII el mar interior sigue siendo un centro muy activo de iniciativas marítimas y comerciales, tal vez incluso el más importante en cuanto al valor del tráfico hasta los años 1660-1680⁵, aunque bajo la forma de vía de paso. Es aún la arteria principal del comercio marítimo, pero no su centro. Hablar de comercio pasivo sería, sin duda, forzar las cosas, pero los mediterráneos son cada vez menos los que deciden, los actores y los beneficiarios de esta actividad. Por consiguiente, el corso puede representar un medio de continuar situado en el circuito de los cambios y de beneficiarse de la prosperidad que engendra, gracias a la desviación forzosa de una parte del tráfico. Respuesta agresiva, pero no simplemente parasitaria, como veremos. En todo caso, más bien, estaríamos ante un rechazo de un proceso de apartamiento y subordinación.

La evolución en el tiempo de la geografía corsaria es, por otra parte, sintomática de las etapas de dicho proceso. La generalización del corso y la implicación de un número cada vez mayor de interesados por parte cristiana es contemporánea de los agresivos comienzos de la penetración nórdica hacia 1600-1620. Pero el corso berberisco tenía raíces más antiguas que testimonian una periféricación particularmente precoz de las orillas musulmanas del Mediterráneo occidental. Cuando comencé mi propia investigación sobre el corso cristiano estaba persuadido de que iba a revelarse como el equivalente (disimulado mucho tiempo por la mala conciencia occidental) de su homólogo berberisco. En el aspecto cualitativo la hipótesis era exacta: se tratase de empresarios privados o de caballeros de las órdenes militares especializadas en la piadosa rapiña, los corsarios bajo pabellón de Malta, Sicilia, Toscana o Mónaco fueron dignos émulos de sus cofrades de Africa del Norte.

Pero en el aspecto cuantitativo el fenómeno era menos evidente. En el apogeo del corso cristiano (en los años 1600-1620 o a fines de la guerra de Candía hasta 1680) hubo un **máximo** de una cuarentena de corsarios en el mar. Mientras, en la otra orilla había en 1620 más de 100 o 120 barcos argelinos, tunecinos, tripolitanos o de Salé, sin contar con los ladrones turco-albaneses de Valona o Sainte-Maure. Esta diferente intensidad atestigua simplemente el diferente desarrollo entre el norte y el sur, del que los berberiscos eran perfectamente conscientes: una buena guerra con Francia, decía uno de ellos, «es lo mejor que puede llegarnos para coger la cosecha en los campos, pillar indiferentemente y sin reserva los navíos franceses de los que está lleno el mar. En cambio, ellos no tienen nada que ganar con nosotros: no tenemos barcos mercantes y nuestras ciudades y pueblos todos juntos no valen uno solo de Provenza saqueado por los nuestros»⁶.

Si el corso fue una respuesta a las dificultades de la época, ¿fue una respuesta eficaz? Sin que haya necesidad de evocar las fortunas individuales de algunos aventureros y armadores particularmente afortunados, parece claro que dicha actividad procuró a algunas colectividades una masa de beneficios no desdeñable. En Malta, donde el mercado de subsistencias tenía siempre dificultades, el arroz capturado a las caravanas de Alejandría suponía con frecuencia un alivio. En las regencias, las presas abastecían a bajo precio una demanda local de productos metalúrgicos que la industria indígena era incapaz de satisfacer. De manera general, el corso era un sector de actividad dinámico que aseguraba entradas de numerario, animaba la vida económica gracias al mercado de armas y de presas, y procuraba múltiples empleos. En Malta, hacia 1600-1620, las galeras de la Orden ofrecían cerca de 1.200 empleos (sin contar a los caballeros, esclavos y forzados), y los armadores privados unos 800, o sea, un total de 2.000, de los que más de la mitad eran seguramente aborígenes: ello representaba un 10% de la población activa, sobre una cifra total de 40.000 almas. En Túnez se puede calcular razonablemente en 3.000 el número de puestos de trabajo ofrecidos por el corso, y en Argel sobrepasaban los 10.000. Por supuesto, sólo se trata de empleos **inmediatos**: los producidos por las diversas alternativas del corso son difíciles de calcular.

Pero de esto a hablar de una economía corsaria hay un trecho que nos rehusamos a franquear, pues es imposible calcular el producto de esta actividad y aún más si queremos evaluar, aunque sea de forma grosera, el producto nacional bruto. Diferentes índices nos permiten deducir que su parte era menos importante de lo que pa-

rece a primera vista. En Túnez, por ejemplo, la cantidad conseguida con las rendiciones de esclavos, calculada para las dos últimas décadas del XVII, no llega a 10.000 piastras por año, cuando las exportaciones de la Regencia no eran inferiores a 200.000⁷, o sea, una proporción del 5%. Ciertamente, los esclavos no son todo, y, además, la fecha es tardía: en la misma época Túnez no es ya un gran centro corsario. Pero en Malta, en 1660-1662, durante un período de gran actividad, el mercado de las presas se establece en 160.000 escudos malteses anuales para el corso privado, a lo que debe añadirse el botín de la religión, que es imposible de cifrar exactamente (su montante anual no sobrepasa por lo general al anterior más que en algunas decenas de millares de escudos).

A primera vista las cifras son formidables: el equivalente de 120.000 pistolas o de 350.000 libras tornesas o de tres toneladas de plata, lo que representa aproximadamente 600.000 jornales, o sea, trabajo durante cerca de dos meses para la población de 60.000 almas existentes en la isla en esta fecha. Pero no nos engañemos: sólo una parte de este producto (¿la más pequeña?) queda en la isla en forma de derechos de almirantazgo, gastos de cuarentena, retribuciones diversas, sueldos de las tripulaciones, compras de provisiones o intereses de algunos préstamos hechos a la ventura. Malta proporcionaba la bandera, la infraestructura jurídica, los servicios portuarios, una parte del personal y algunas provisiones, pero un gran número de corsarios y lo esencial de los capitales venía del exterior.

Por otra parte, se trata de una regla bastante general: los corsarios son a menudo extranjeros en relación con el medio en el que operan. En Malta el corso era, por lo menos hasta 1680, un negocio ampliamente francés. En las galeras de la Orden los franceses suponen un 40% entre los caballeros **caravanistas** o **aventureros**. Además, proveían al corso privado unos dos tercios de los capitanes y la mayor parte de los capitales: el resto procedía de inversores diversos, sobre todo genoveses y livorneses. En cuanto a las tripulaciones, sólo eran maltesas en un 50%. Los especialistas mejor pagados, como pilotos, contra-maestres, artilleros, arcabuceros o mosqueteros eran casi siempre extranjeros: griegos, dálmatas, toscanos, provenzales, mallorquines, etc. De la misma manera, en Berberia los **rais** son casi siempre renegados venidos de esas bolsas de pobreza característica del Mediterráneo occidental, verdaderos reservorios de ellos: Calabria, Cerdeña o Córcega; aunque se encuentra también a balcánicos, nórdicos y franceses. Si la presencia de colonias extranjeras constituye un **test** del proceso de periferización, no cabe duda que el corso es uno de los sectores de actividad

en los que el fenómeno se manifestó más pronto y más ampliamente.

De hecho, más que un medio de existencia el corso es para los estados corsarios una razón de ser, la garantía de cierta especificidad social y política. Así es el caso de las regencias, que encuentran en él: 1.º el cemento que suelda los intereses de un grupo social heterogéneo en el que se integran exclusivamente los no maghrebíes (turcos y levantes del Odjak, renegados de la taifa de los rais, armadores moriscos, revendedores o corredores judíos, etc.); 2.º una justificación del dominio colonial de este grupo sobre las etnias indígenas, **árabes y moros**, sometidos al tributo anual; 3.º una garantía de su autonomía política con respecto al lejano soberano otomano. Lo mismo sucede en el Estado malto-jeroso-limitano, donde, gracias al corso contra el Islam, los caballeros hospitalarios de la Orden de S. Juan de Jerusalén legitiman a la vez su soberanía sobre la isla y su población; su casi total independencia de cara al pontífice romano y al rey de Sicilia y su situación de arrendatarios del suelo y de privilegiados en los diferentes estados de la Europa católica, en los que poseen grandes propiedades.

Además, no son sólo los hombres del norte a los que se reencuentra con frecuencia en el corso mediterráneo, sino más bien a sus útiles y técnicas. No olvidemos que la gran época corsaria es inseparable del barco de casco redondo, el famoso **berton** de los piratas anglo-holandeses, que enseñaron su manejo a los berberiscos hacia 1600-1610. Esta innovación tuvo tres consecuencias importantes: primera, permitió prolongar la **carrera** hasta el corazón del invierno, lo que suprimía el clásico reposo invernal observado en tiempo de las galeotas y galeras; segunda, ayudó a los berberiscos a ampliar su acción más allá del estrecho de Gibraltar, para daño de los ibéricos; tercera y última, al hacer inútiles a los remeros, transformó completamente las condiciones de la caza de esclavos. Hasta entonces los cautivos eran considerados sobre todo como fuerza de trabajo y por su aptitud para remar; en adelante se convierten en un objeto de redención. En el aspecto individual ello supuso una mejora de su condición, puesto que podían albergar la esperanza de ser liberados algún día, pero como los nativos de los países más ricos y mejor organizados eran también los que más provecho sacaban, ello constituía un elemento suplementario de discriminación entre, por ejemplo, un inglés o un francés por un lado y un sardo o un calabrés por otro. Y con mayor razón aún respecto a los cautivos musulmanes del corso cristiano.

En definitiva, es bien sabido que el corso berberisco no habría podido subsistir sin la red de connivencias que

mantenía con sus víctimas. Se han descrito con frecuencia —y los contemporáneos con indignación **virtuosa**— las relaciones de Argel con los negociantes de Marsella o Livorno y más aún con los anglo-holandeses, que, a despecho de todas las censuras eclesiásticas y de la reprobación de las costumbres, vendían a buen precio el material naval (mástiles, planchas de abordaje, alquitrán, pez) y una amplia gama de productos procedentes de las industrias estratégicas de la época: anclas, cadenas, cordajes, velas, cañones, mosquetes, pólvora, etc. «Los holandeses —añade un observador veneciano en 1623— venden hasta sus propios barcos armados, a fin de que los corsarios puedan perjudicar a sus enemigos españoles más eficazmente.»⁸

En efecto, el corso se inscribe en las relaciones y conflictos europeos, y los holandeses no son los únicos en utilizar a los berberiscos al servicio de sus intereses económicos y políticos. En 1663 un informador de Luis XIV le contaba que los argelinos «no pueden vivir sin piratear» y que, si se concluye una paz con ellos, «mantendrán la guerra con los demás estados y romperán el tratado que han firmado con Inglaterra, cuyas consecuencias pueden ser graves en la coyuntura presente». Según él, otra ventaja de la paz con Argel sería la siguiente: «Podríamos conseguir las presas que toman a otras naciones a precio de almoneda, que es siempre una cuarta parte de su valor. Sería preciso autorizar su venta en Francia, lo que conlleva algunas dificultades, pero los ingleses, el gran duque y otras naciones lo permiten, y habría siempre quién comprara allí arriba.»⁹

Así, pues, no hay ladrón sin comprador; por consiguiente, todos se disputaban este papel: «Residen en Argel y Túnez numerosos comerciantes livorneses, corsos, genoveses, franceses, holandeses, ingleses, judíos, venecianos y de otros estados. Todos ellos adquieren las mercancías procedentes de las presas y las envían al puerto franco de Livorno... (esta es) la verdadera fuente del corso; (sin ella) dichas mercancías se amontonarían en Berberia y el ardor de los corsarios se enfriaría ante un botín inútil.»¹⁰ Por supuesto, falto de medios de pago, el mercado indígena era incapaz de absorber dicho botín. El fenómeno era idéntico en Malta, donde, salvo el arroz y el trigo, lo esencial de los productos robados fluía hasta Marsella y Livorno. En definitiva, se tiene la impresión que el corso, lejos de ser nocivo para la economía europea, era un elemento de enriquecimiento, una especie de acelerador de la circulación de mercancías y, por la misma causa, un medio de responder a las tendencias depresivas del mercado en el siglo XVII.

Ciertamente, el corso tenía efectos destructivos, pero

¿quién los padecía?: únicamente los mediterráneos. En primer lugar, todas las poblaciones insulares o litorales de las dos orillas del mar interior, constantemente en estado de alerta, limitando al máximo las actividades demasiado visibles y vulnerables y evitando, por la incertidumbre del mañana, toda inversión a largo plazo. Además, sus habitantes se veían obligados a menudo a refugiarse en **hábitats** colgados, incómodos para los trabajos agrícolas, y disuasorios para los marítimos. En segundo lugar, la navegación mediterránea: 1.º) la de los musulmanes, víctimas del corso bajo pabellón cristiano y que acabaron por preferir los navíos occidentales para el transporte de sus mercancías y de sus personas; 2.º) la de los residentes en la Europa **hispano-romana**, que rehusaban pactar con el Islam y se convertían por ello en la presa privilegiada de las depredaciones berberiscas; 3.º) la de los mediterráneos que se querían neutrales, como Venecia o Ragusa, cuyo débil peso naval y político les convertía en víctimas de los corsarios de los dos bandos.

Los grandes estados mercantiles de Europa del Norte, en revancha, disponían de numerosos medios políticos, militares y financieros para ponerse al abrigo del corso. Habiendo secularizado muy pronto sus relaciones en el Mediterráneo, no entraban en su juego anacrónico. Sabían muy bien la importancia de la seguridad marítima, por lo que aceptaban pagar el precio de la navegación en convoy, de las demostraciones navales y de las capitulaciones con el gran señor y las regencias. Desde entonces ganan en todos los escenarios. Los berberiscos les ofrecen el beneficio de lo tomado en las presas; un mercado para sus productos manufacturados, que el Maghreb no hubiera podido adquirir sin el numerario amasado por los corsarios, y el monopolio de hecho del gran comercio mediterráneo por eliminación de los transportistas tradicionales como Barcelona, Génova, Venecia o Ragusa. Paradójicamente, el corso cristiano obra en el mismo sentido, al obstaculizar el comercio de las pequeñas potencias neutrales. Venecia y Ragusa serían, en este sentido, las principales víctimas del derecho de visita que se arrogaban los corsarios, en nombre de la prohibición pontificia sobre el contrabando de productos estratégicos¹¹ con el Islam. También, al impedir a los musulmanes utilizar sus propios medios marítimos, lo que les obligaba a utilizar como intermediarios a los transportistas ingleses, holandeses y franceses. A este respecto, el desarrollo de la **caravana** marsellesa de Levante no representaba el éxito de un puerto mediterráneo, sino el del pabellón francés, y constituye un símbolo de la hegemonía progresiva del norte sobre un mar interior en vías de periferización.

Finalmente, en el juego complejo del corso todos los mediterráneos son más o menos perdedores. Hasta las economías de los estados que se dedican a él no han conseguido realmente sacarle todo el partido posible. La ganancia de los corsarios, siempre recortada por los beneficios de los intermediarios (proveedores y revendedores), se reinvertía exactamente en el propio país y contribuía sobre todo a estimular un comercio de importación en detrimento de la producción local. Solución de facilidad que desviaba las energías de todo esfuerzo real de adaptación, el corso ha tenido probablemente para las economías indígenas más efectos inhibidores que fecundos.

* * *

Para concluir, ¿qué lugar se puede conceder al corso en el destino mediterráneo de los tiempos modernos?

Su permanencia prueba a la vez su rentabilidad para los predadores (puesto que durante siglos ha hecho vivir o ayudado a ello a colectividades humanas relativamente importantes) y su débil incidencia económica, puesto que no consiguió matar al comercio sino ser matado por él. En suma, estamos ante un fenómeno a la vez esencial y marginal.

Su desaparición prueba que no había necesidad de él, ni materialmente —ya que, como hemos dicho, fue el comercio el que lo eliminó—, ni moralmente, dado que el concepto burgués de misión civilizadora acabó reemplazando al mito aristocrático de la cruzada. Podemos deducir, pues, que corresponde a cierta época de la historia mediterránea y, más generalmente, del Viejo Mundo, caracterizada por un doble equilibrio: entre Occidente cristiano y Oriente musulmán, que no estaban en condiciones de imponerse el uno al otro ni de aplicar su ley al conjunto del mar interior, y entre el mundo mediterráneo y el noroeste atlántico, en el seno del continente europeo. El primero vivía todavía de su glorioso pasado, mientras que el segundo aún no había operado su despegue ni asegurado su supremacía sobre el resto de Occidente.

En este contexto, y una vez más al nivel marginal que es el suyo, el corso debe ser comprendido como un fenómeno complejo, con carácter más simbiótico que parasitario. Sus aspectos destructores, muy amplificadas por la mentalidad colectiva, se vieron compensados en el plano económico por los nuevos tráficados suscitados por la reventa de las presas y el enriquecimiento de los predadores. Se trata, en suma, de un proceso dialéctico de movilización de las riquezas que hace participar a los **pequeños** en la prosperidad de los **grandes**, ayudando a la consolidación de éstos en detrimento de los **medios**. Pero por eso mismo el corso era finalmente un factor de perturbación de los equilibrios mediterráneos tradicionales, pues

actuaba exclusivamente en favor de las economías mercantiles de la Europa del noroeste, las únicas que estaban preparadas para recuperar el fenómeno en su favor y transformarlo en un instrumento de conquista y dominio de los mercados. En este sentido, el corso abría a la periferización el espacio mediterráneo y preparaba para el porvenir su dependencia económica y colonial.

NOTAS

1. «Course et piraterie méditerranéennes de la fin du Moyen Age au début du XIX siècle». En Course et Piraterie, XV Coloquio Internacional de Historia Marítima (San Francisco, agosto, 1975), 2 vol. policopiados. París, C. N. R. S., 1975, págs. 78-136. Como las actas no han sido publicadas, hemos reproducido algunas partes de mi comunicación, especialmente las conclusiones.

2. El carácter general de esta comunicación me impide multiplicar las referencias sobre las fuentes y la bibliografía, cuyo aparato hubiera supuesto un incremento desmesurado del formato. Por ello nos hemos limitado a identificar las citas utilizadas en el texto. Sin embargo, es preciso recordar que la mejor introducción al tema sigue siendo el capítulo consagrado a las «Formas de guerra» en F. BRAUDEL: *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*. París, 1966, t. 2, págs. 190-212. Para las precisiones sobre el corso berberisco, ver Ciro MANCA: *Il modello di sviluppo economico delle città maritime barbaresche dopo Lepanto*, Nápoles, 1983, que ofrece observaciones originales y una bibliografía reciente. Sobre el corso cristiano yo mismo he dado indicaciones y bibliografía en dos comunicaciones a punto de aparecer: «Les chevaliers de Malte et le corso méditerranéen au XVII siècle» en el coloquio sobre *Les Ordres Militaires en la Méditerranée occidentale* (Madrid, 1983) y «L'empire ottoman et le risque

corsaire», en el coloquio *Economies méditerranéennes: équilibres et intercommunications. XVII-XIX^e siècles* (Atenas, sepbre., 1983).

3. Bernal DIAZ DEL CASTILLO: *Histoire veridique de la conquête de la Nouvelle Espagne (1568)*, citado según la edición Masperó-Decouverte, París, 1980, t. 2, pág. 247.

4. F. BRAUDEL: op. cit., II, pág. 206.

5. Sobre este aspecto, F. BRAUDEL: op. cit., II, pág. 517, y Richard T. RAPP: «The Unmaking of the Mediterranean Trade Hegemony: International Trade Rivalry and the commercial Revolution», en *The Journal of Economic History*, XXV (1975), págs. 499-525.

6. Intervención de un corsario ante el diván de Túnez, que mostraba en junio de 1606 las órdenes del sultán de no molestar los barcos del Rey Cristianísimo. En SAVARY DE BREVES: *Relation des voyages tant en Grèce, Terre-Sainte et Aegypte qu'aux royaumes de Tunis et Alger...* París, 1628, pág. 338.

7. Cálculo de redenciones según los registros del Consulado de Francia en Túnez, publicados en P. GRANDCHAMP: *La France en Tunisie au XVIII siècle (1681-1700)*, Túnez, 1930. El valor del comercio exterior ha sido estimado según Sadok BOUBKAER: *La Regence de Tunis au XVII siècle, ses relations avec les ports de L'Europe méditerranéenne, Marseille et Livourne*, tesis de tercer ciclo, Toulouse-Le Mirail, 1978.

8. Gian-Battista SALVAGO: «Africa o vero Barbaria», citado según la traducción de P. GRANDCHAMP en «Une mission délicate en Barbarie au XVII siècle: J. - B. Salvago, drogman venitien a Alger et a Tunis». *Revue Tunisienne*, 1937, pág. 484.

9. Archivos del Ministerio de Negocios Extranjeros en París. Memorias y Documentos, Argel, 12, F.º 89-90: «S'il est avantageux au Roi de faire alliance pour le commerce avec le Roy d'Alger» (fechado erróneamente en 1631).

10. SALVAGO: *ibid.*, pág. 489.

11. La noción era demasiado amplia, pues en ella se incluía el papel, susceptible de ser utilizado para hacer cartuchos de cañón. Hay en los archivos del Consulado de Francia en Túnez una correspondencia datada en 1686-1695 sobre las remesas de papel por un negociante livornés, Gio-Vincenzo Bonfiglio, y los problemas que le acarrearón con la Inquisición (P. GRANDCHAMP: op. cit., págs. 371-514, *passim*).

COMERCIO COLONIAL Y SEMIPERIFERIZACION DE LA MONARQUIA HISPANA EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVII

Emiliano FERNANDEZ DE PINEDO

Universidad del País Vasco

«Ce que je vous puis dire monseigneur est que le commerce en ce port de Cadiz est le plus grand et fleurissant de l'Europe.» (1670.)

La expansión europea fuera de sus fronteras, iniciada a mediados del siglo XV, se enmarcó dentro de los mol-

des tradicionales del comercio medieval: buscaba alcanzar directamente el origen de las especies para seguir practicando un tráfico de productos caros, de mercado estrecho y por tanto fácilmente saturable. De ahí la permanente tendencia al monopolio para sobrevivir. Se buscó reproducir el modelo veneciano prescindiendo de los intermediarios musulmanes. El intento portugués tuvo